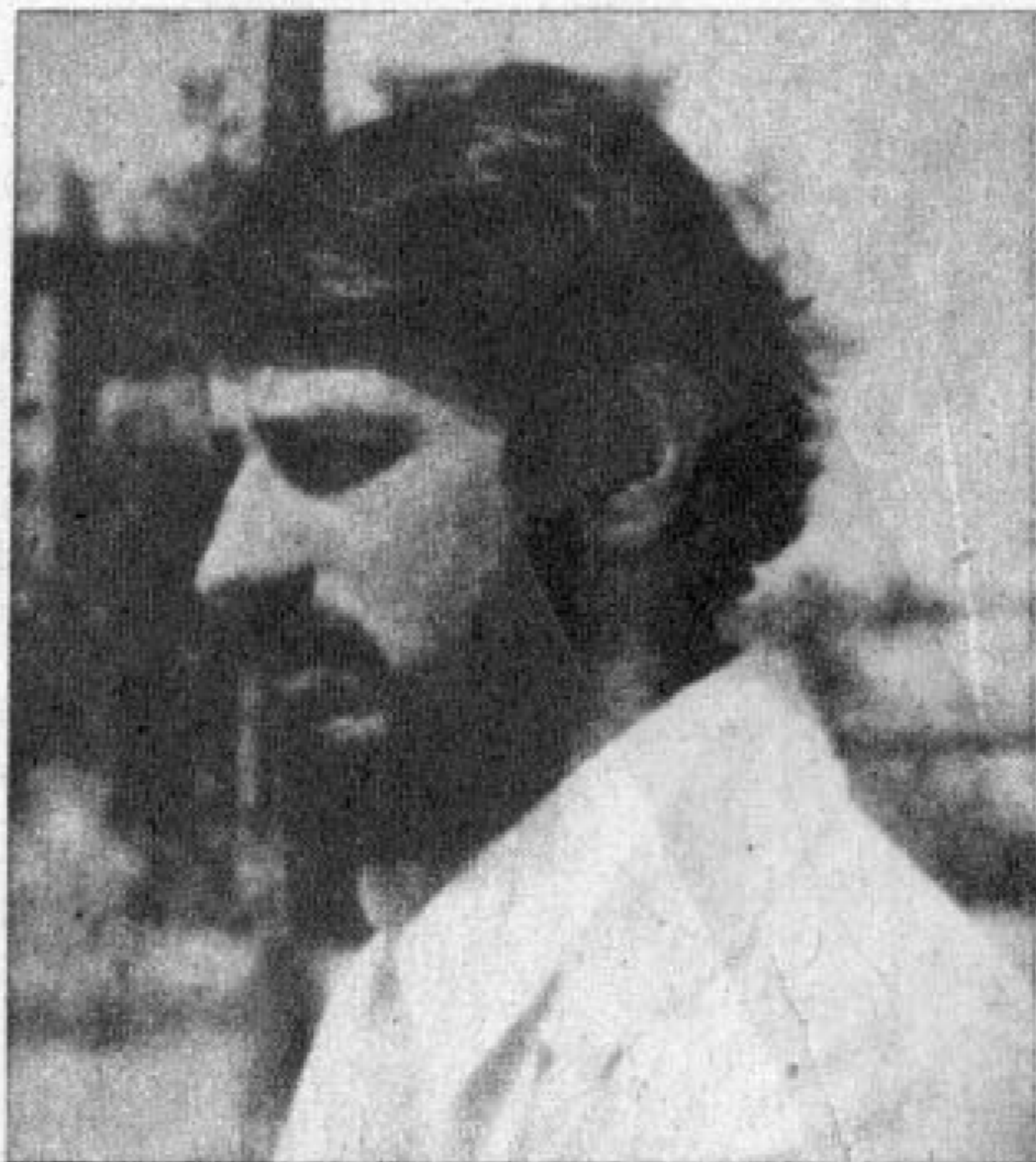


¿UN NUEVO REALISMO?

SEGUN la capacidad de retorno al pasado y de regreso, el recuerdo revivido o soñado, conforma un espacio importante en la vida vivida de cada cual. Sirve incluso, terapéuticamente, para reparar errores o para organizar el futuro. Con su habitual modo estoico, Lucio Anneo Séneca, un amigo mío muy filósofo, decía "Quién no ama el pasado, la vida pierde". Y tenía razón, más no desde el ángulo del novelista, ser excepcional, capaz, no sólo de crear sueños, memorias de un pasado real o ideal, sino de traerlos al presente del lector. Un don casi mágico en verdad. Creo que Gide afirmaba que ésta es una de las cosas más bellas de la vida. De éstas que inspira la locura (el ensueño, o impulso dinámico creador, entiéndase) y escribe la razón.

Retorno a la tradición

Es el caso de esta *nouvelle* creada a base de entrecortadas reminiscencias: "Aún recuerdo cómo mi padre trazó el picadero". Así comienza. La crítica ha acogido esta primera novela de Adolfo Couve con bastante mayor interés que el demostrado por las obras que el autor (1940) había publicado antes: "Alamiro" y "En los desórdenes de junio". Se ha dicho que el valor de esta breve novela reside en una especie de vuelta al estilo tradicional —lineal— de la narrativa entroncada en la novela realista francesa. Concretamente, en Flaubert, maestro de "La educación sentimental" y de la generación de 1850. En efecto, la forma narrativa de Couve es —aparentemente— directa; el autor se "desentiende del interminable monólogo interior en que la habían zambullido (a la novela) algunos coetáneos suyos (del autor) repitiendo ritualmente a los repetidores criollos de un Joyce mal leído", como dice el prologuista con su malvezada profundidad. Se ha insistido también en la *cotidianeidad* de los elementos empleados, en la profunda



ADOLFO COUVE
Mirada fría del relator omnisciente

reordenación de rasgos, de gestos diarios —gestuario—, en contraste con el forzado amaneramiento y los quiebres de ritmo, de tiempo y espacio, de acción y reflexión, etc., de la novelística anterior. Exacto, pero sólo relativamente, pues no se crea que se trata de un modo de relato fácil, espontáneo. No. No es una novela de esas que gustan porque son entretenidas. Cala más. Hay una estructura muy ceñida, no abierta, y una cuidada elaboración. Al reordenar esos recuerdos discontinuos, a trozos, el autor establece —sin darle vigencia o apariencia externa— un hilo interior que va más bien por el alma o los recuerdos y afecciones (no hay pasión en ellos) de sus personajes. Todo ello sometido a una rigurosa elaboración formal. Incluido el lenguaje, el cual es simple, sin coprolalia, pero objetivo, sin concesiones. Hay, además, los cambios de tiempo y de voz o persona gramatical, de primera a tercera. Pero ni siquiera cuando —de pronto— pasa al relato en primera persona, condesciende a describir subjetivamente el mundo o circunstancia de la acción y sus personajes. Nada más que la mirada fría, escrutadora del relator omnisciente. Su interés se concentra en las personas, en lo que revelan cada uno de sus gestos: (el señor Sousa) "era desaprensivo y espontáneo. Daba la impresión que lo que deseaba era de-

sentenderse de alguna manera de su esposa. Ponía avidez en sus palabras, urgencia a sus recomendaciones".

Mundo crepuscular

El mundo novelesco de "El Picadero" es más bien sombrío. Y triste. El "aún recuerdo" inicial crea una atmósfera desvaída, crepuscular, como de sueño oscuro. Así lo revela también el ensayo preliminar del crítico Martín Cerda, tan bien documentado siempre. Tanto, que aquí, en sólo cinco apretadas páginas, acarrea citas de: Diderot, Clara Reeve, Flaubert, Roland Barthes, P. Bourget, Georg Lukács, René Girard, Nietzsche, Lucien Goldmann, Georges Duveau y otros. Encomiable. Y envidiable biblioteca. Dice el crítico: "La escritura fría de "El Picadero" traduce un radical desencanto". Y luego: "Una callada catástrofe pareciera, en realidad, haber borrado a cada uno de los "personajes" de "El Picadero", dejando, en el espacio, sólo el temblor de algunos de sus recuerdos". Muy acertado. Pues el mismo aire evanescente, dramático, rodea a Blanca Diana, Zapiola, Condarco, Raquel, Angelino, el señor Sousa, estos seis personajes que han encontrado a su autor.

Angel C. González.